

TRAS 1968 SE DESDIBUJÓ LA ESPERANZA DE UN CAMBIO COLECTIVO

Bruno Estrada López

Reportaje sobre su libro '1968. El año de las revoluciones rotas'

Publicado en El Siglo de Europa, diciembre 2022

¿Qué le movió, en este momento, a 'visitar' el año 1968 para su último libro?

Creo que 1968 fue un año trascendental para entender dónde estamos ahora. Fue un año de desborde democrático en gran parte del mundo, en los países capitalistas, en los llamados países del "socialismo real" y en muchos países periféricos. En los primeros fue el cénit de un proceso de acumulación de fuerzas, de los sindicatos que ponían en cuestión el reparto de la riqueza en esas sociedades de la abundancia, pero también de los nuevos movimientos pacifistas y contraculturales que querían romper con el rígido marco que imponía la Guerra Fría.

Pero "1968. El año de las revoluciones rotas" no es un ensayo político. No he querido hacer un texto que pontificara, cincuenta años después, sobre lo que pasó o dejó de pasar. Es un texto híbrido entre la novela y la reflexión política. Alguien lo ha catalogado de un libro de "realismo mágico político" y es una definición que me gusta.

En 1968 los protagonistas nos hablan desde muchos lugares porque la revolución no ocurrió en un solo país. El relato se inicia a principios de año en Saigón, pero luego pasa por París, Chicago, Praga, Ciudad de México o Moscú y acaba en Londres, New York, Frankfurt, Islamabad o Pekín. Con esa multiplicidad de localizaciones he querido que el lector sintiera la simultaneidad de los procesos de cambio.

Ofrecer un foco múltiple para percibir una verdad que es caleidoscópica. Por eso el libro invita a los lectores a que se refugien de los ataques yankees en la selva vietnamita, que vivan las turbulentas calles de Chicago y París, que se asomen los pisos de Praga donde se imaginaba un mundo diferente. Daniel Bernabé lo ha descrito como: "una guía de viajes a ese mundo donde aún sucedían cosas que quedaban al margen de la decisión, los deseos y las necesidades del poder."

En ese sentido su planteamiento, como autor, se acerca a hechos reales desde la ficción, por primera vez. ¿Cómo ha vivido la experiencia? ¿Es el inicio de su camino hacia la novela?

He intentado, como dice Gabriel Flores, contar 1968 desde dentro, poniendo en valor lo narrativo para generar complicidades sentimentales con el lector. Los hechos históricos siempre conmueven más cuando se escuchan de boca de sus protagonistas, algunos muy conocidos, otros anónimos.

En las páginas de 1968 los lectores encontrarán a periodistas de talla como Julian Pettifer, a líderes estudiantiles como Daniel Cohn-Bendit, a sindicalistas como Dolores Huerta, líder de los “espaldas mojadas” de California, a Richard Helms, director de la CIA, o a escritores de la talla de Milan Kundera. Mientras en una segunda línea resuenan nombres como Lyndon B. Johnson, Dubcek, Luther King, o De Gaulle.

Ellos mismos, a través de sus acciones de protesta, discusiones, anhelos y decepciones, nos muestran lo que estaba pasando y como lo estaban viviendo y sintiendo. No solo en el momento épico de las manifestaciones, de la lucha, sino también cuando están tomando unas cervezas con sus compañeros, o cuando llegan a casa y comparten sus dudas y temores en la intimidad.

Para usted, los movimientos que tuvieron lugar en aquel año son ‘las revoluciones rotas’. ¿Rotas por qué, o por quién?

Rotas por el poder. Tanto en los países capitalistas como en los llamados países del “socialismo real” las élites reaccionaron duramente contra lo que ellos consideraban “excesos democráticos”, muchos de los líderes y movimientos que cuestionaron el poder establecido sufrieron una dura represión. En términos globales 1968 dio paso a una profunda “contrarrevolución”, alguno de sus efectos todavía estamos sufriendo.

La reacción ante ese intento de desbordar al poder se puede ejemplificar en la victoria de Nixon, que en gran parte posible tras el asesinato de Bob Kennedy. Con Nixon el neoliberalismo salió del restringido espacio de aulas de la Universidad de Chicago y tomó los despachos del gobierno de EEUU durante décadas. La doctrina exterior establecida por Kissinger otorgo a EEUU el derecho a promover golpes de Estado contra gobiernos elegidos democráticamente, como pasó en Chile cinco años después.

¿Realmente ese año podría haber triunfado alguna revolución que hubiese configurado un mapa político y social diferente en el mundo actual?

La lucha del Vietcong finalmente triunfó, aunque varios años y miles de muertos después. En el libro se detallan las maniobras de Nixon, Kissinger, y una misteriosa Lady Dragón, que impidieron, en un acto de lesa traición, que a finales de 1968 se llegara a un acuerdo de paz con la Administración de Johnson.

En Francia, se consiguieron indudables avances sociales, los acuerdos de La Grenelle permitieron importantes aumentos salariales -un 35% del salario mínimo-, pero lo que falló estrepitosamente fue el relato común de la izquierda sobre lo logrado. Las expectativas generadas por una parte de la izquierda en las protestas habían sido tan ambiciosas que para muchos los acuerdos finalmente alcanzados solo supieron a derrota. En demasiadas ocasiones la izquierda pone la luz sobre los hechos históricos resaltando tan solo las sombras.

Asimismo, si en Checoslovaquia hubieran triunfado las tesis de los comunistas democráticos, que eran mayoría, o si los reformistas en China hubieran apartado a Mao del poder, el socialismo y la democracia se habrían hibridado y ahora tendríamos un mundo muy diferente. Con la invasión de Praga por los tanques rusos la izquierda perdió una importante batalla moral de la que le ha costado décadas recuperarse.

En 1968 también ofrezco unos apuntes sobre otra revolución que empezó a germinar en esos años pero que eclosionó décadas después, la revolución feminista, que el libro la protagonizan Jo Freeman, la comprometida activista por los derechos civiles de Chicago, o las jóvenes combativas de la Universidad de Nanterre que no entendían porque sus reivindicaciones las tenían que encabezar los hombres.

1968 termina con dos revoluciones triunfantes en países periféricos: Panamá, con acceso al poder de jóvenes militares antiimperialistas, encabezados por Omar Torrijos, y Pakistán, donde la movilización de millones de personas terminó con un régimen dictatorial y corrupto.

No pocas veces se mira con nostalgia, sobre todo desde la izquierda, a ese emblemático año. ¿Qué ha perdido el mundo, y Europa, en concreto, para que no se hayan podido volver a dar movimientos como los que se vivieron entonces?

Yo creo que lo más triste es que se ha desdibujado la esperanza de un cambio colectivo, algo que es fundamental para movilizar las voluntades que son capaces de transformar la realidad.

En palabras de Gabriel Flores sobre el libro: “En 1968, el mundo tropezó y dio muestras palpables de agotamiento, sin que la creatividad o la imaginación de las fuerzas que lo impugnaban acertaran a ofrecer una alternativa viable”.

Una parte de la izquierda no comprendió los incipientes movimientos sociales que se movían fuera de los márgenes de la militancia tradicional, y otra parte empezó una sumisa claudicación ante la ofensiva del neoliberalismo triunfante, dando lugar a la Tercera Vía.

¿Tiene algo que aprender la izquierda política de lo que ocurrió en esos meses?

La izquierda debe ser consciente de la intransigencia del poder ante el avance de la democracia. La reacción a ese “desborde democrático” de 1968 fue furibunda. En Francia, a los pocos meses de la victoria electoral del general De Gaulle se prohibieron algunas organizaciones de extrema izquierda, algo similar a lo que sucedió en Alemania.

Algo parecido hemos vuelto a ver en la actualidad, en la contra reacción trumpista a la movilización popular que se produjo ante la crisis financiera de 2007-2008, crisis provocada por la hegemonía neoliberal que empezó a germinar con Nixon. Los avances políticos y sociales no son eternos, cada derecho conquistado se pierde si no se defiende.

Su libro aborda esos movimientos, en muy distintos países. ¿Cuál cree que es el menos conocido, o el que puede sorprender más al lector actual?

Uno de los episodios más desconocidos creo que es el de China, hay lectores que me han preguntado si me lo he inventado pero es un retrato fidedigno de lo que ocurrió ese año en el gigante asiático. El surrealista episodio de los cuarenta mangos regalados a Mao que este donó a varias fábricas, en las que se erigieron altares y se llevaron los mangos en procesión, todo aderezado con canciones y lecturas del Libro Rojo a modo de jaculatoria.

Es muy poco conocido el amago de golpe de Estado en el Reino Unido al gobierno laborista de Harold Wilson, protagonizado por el presidente del sensacionalista Daily Mirror, y en el que participaron Lord Mountbatten y varios prominentes miembros de la élite aristocrática y financiera británica.

Tampoco se ha puesto suficiente luz en México sobre la implicación del gobierno del PRI – que tuvo a dos presidentes a sueldo de la CIA- en la estrategia de “radicalización dirigida” que culminó con la matanza de más de trescientos estudiantes en la Plaza de Tlatelolco.

¿Qué país o zona del mundo considera que está ahora a la vanguardia del progresismo y del que hay que estar más pendientes?

En América Latina, donde podemos hablar de democracias que ya están consolidadas a la vez que hay un alto porcentaje de población muy joven que está esperanzado en construir un futuro mejor.

Recientemente varios expresidentes latinoamericanos han lanzado una iniciativa para profundizar y acelerar el proceso de integración regional. El éxito, aunque sea parcial, de este ambicioso programa permitiría articular una respuesta desde el Sur a los retos que tiene el planeta superando la globalización bipolar que pretenden imponer EEUU y China.

¿Qué cree que puede aportar su libro a un lector de hoy, sumido en una concatenación de crisis y en un mundo cada vez más incierto y hostil?

Que el protagonista principal de los cambios políticos, de la democratización social, es la colectividad. Pero para que esa fuerza colectiva se ponga en marcha hace falta crear un marco de esperanza, hay que ser capaz de imaginar utopías cercanas.

Usted es economista y trabaja en primera línea en el primer sindicato del país, CC.OO. ¿Cómo analiza la actual situación económica? ¿Es de los optimistas o de los pesimistas respecto a cómo puede evolucionar la coyuntura en el futuro más cercano?

Es muy difícil hacer previsiones económicas fiables cuando la evolución de principales parámetros macroeconómicos depende de cómo se desarrolle una guerra, como la de Ucrania, que tiene efectos directos en la evolución de los precios internacionales del gas y del petróleo.

No obstante, hay un consenso generalizado sobre que la tasa de inflación descenderá a partir de la primavera de 2023. Ello podría disipar las previsiones más negativas de evolución de la economía, ya que la evolución de empleo muestra una gran solidez de nuestra economía, algo inaudito en el pasado reciente. La reforma laboral está garantizando una estabilidad del empleo que dificulta

entrar en una espiral recesiva ante una crisis coyuntural, como sucedía antes cuando la precariedad era la norma.

La excepcional evolución de los beneficios empresariales, a costa de una importante pérdida de poder adquisitivo de los trabajadores, muestra que muchas empresas no están en una situación de pérdida de músculo financiero. Ya que a pesar de todo, la tasa interanual del PIB en el tercer trimestre de 2022 fue de un 3,8% por lo que, si las incertidumbres internacionales se disipan en pocos meses, evitaremos entrar en recesión.

